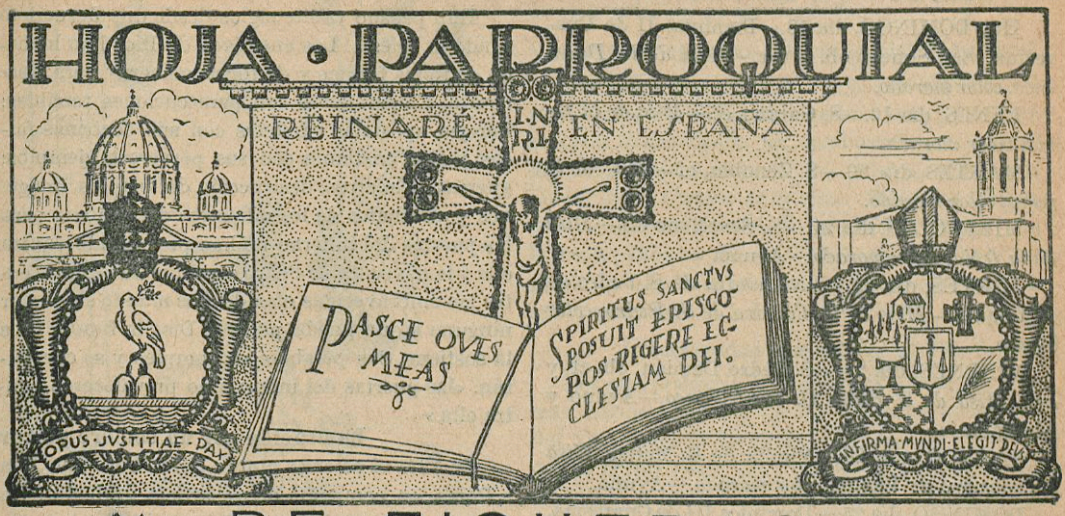
Año XIV 18 de Febrero de 1940 Núm. 643



DE FIGUERAS

EVANGELIO DE LA DOMINICA

Tomó Jesús consigo a Pedro y a Santiago y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto: y allí se transfiguró en su presencia, resplandeciendo su rostro como el sol, y quedando sus vestiduras blancas como la nieve. Y en esto se aparecieron Moisés y Elías, hablando con El. Tomó entonces Pedro la palabra y dijo a Jesús: Señor: bueno es que permanezcamos aquí: si quieres, hagamos aquí tres tiendas, una para Tí, otra para Moisés y otra para Elías. Estaba Pedro aún hablando, cuando vino una nube resplandeciente a cubrirlos. Y de pronto se oyó una voz desde la nube que decía: Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias: escuchadle. Y al oir esta voz los discípulos cayeron sobre su rostro en tierra, y tuvieron grande miedo. Mas Jesús se acercó a ellos, y los tocó, y les dijo: Levantaos, y no temáis. Y alzando ellos sus ojos no vieron a nadie sino sólo a Jesús. Y al bajar ellos del monte, les mandó Jesús diciendo: No digáis a nadie lo que habéis visto, hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos.

Manifestación de la divinidad de Jesús

La Transfiguración es la manifestación más potente de su gloria divina que hizo Jesús durante su vida en este mundo. Los milagros eran un signo pero aquí hay la realidad constatada por los tres testigos que le acompañaban los cuales vieron a su Divino Maestro más resplandeciente que el sol, y oyeron la voz del Padre que le señalaba como a su Hijo amado. Este hecho puede relacionarse con la Oración en Getsemaní donde también se apartó con los mismos testigos pero así como en la Transfiguración lo que se manifestó fué la divinidad de Cristo, en el Huerto se hizo patente su naturaleza humana sujeta a todas las flaquezas y abatida como la de cualquier otro mortal en trance semejante. Pero también puede relacionarse con la resurrección pues Jesús ordenó a sus acompañantes que no revelasen a nadie lo que habían visto hasta que el Hijo del hombre resucitase de entre los muertos. ¡Qué prenda más segura de la resurrección de Jesús era lo que acababan de ver! El que así es glorificado y exaltado por el Eterno Padre al anunciar su resurrección sabe muy bien lo que dice. Sólo la consideración de cuan grandes son la inconsecuencia y la inconstancia humanas hace explicables las claudicaciones en que al tiempo de la Pasión cayeron los que habían presenciado aquella deslumbrante manifestación de gloria y de poder.